

# UMBERTO ECO, LA TRAVESÍA MODERNA DEL SIGNIFICADO: DE LA SEMÁNTICA ESTRUCTURAL A LA SEMÁNTICA INTERPRETATIVA

Covadonga Gema Fouces González  
*Universidad Autónoma de Madrid*

Si se acepta la distinción de Hjemslev entre plano de la expresión y plano del contenido, cada uno de los cuales está dividido en substancia y forma, nos daremos cuenta de que el esfuerzo realizado por la lingüística estructural al inicio de los años setenta había sido el de describir con precisión extrema la forma de la expresión; sin embargo, el problema de la forma del contenido continuaba siendo impreciso. A lo largo de su obra, Umberto Eco se ha propuesto la tarea ambiciosa de elaborar un sistema general de la forma del contenido.

El rasgo original de la semiótica de Eco es el intento de alcanzar una síntesis entre la aproximación hjelmsleviana-estructuralista y la teoría de la interpretación de Peirce. El eslabón entre estas dos tendencias de la semiótica es la noción de *interpretante*, capaz de explicar las unidades culturales como categorías de un proceso de elaboración potencialmente infinito. Aún así, Eco utiliza esquemas estructurales como las nociones de *sistema* y *oposición*: una unidad cultural no puede ser identificada solo a través de la serie de sus interpretantes sino que existe solo en la medida en que se define otra que se le opone.

En *La estructura ausente*<sup>1</sup> (1968), sienta las bases de su semiótica y analiza la fundación filosófica del Estructuralismo. Rechaza cualquier cuestión ontológica y asume un “Estructuralismo metodológico”, o sea, adopta la aproximación estructural como instrumento formal y por lo tanto se aleja de una “metafísica del referente”, es decir, aquella que supone que el significado de un signo tiene que ver con el objeto concreto, dado que siempre estamos hablando de “unidades culturales” y no de objetos concretos.

En *El Tratado de Semiótica general* (1975), recupera el argumento de la estructuración del campo semántico. Parte de una visión estructuralista en la cual una unidad cultural se define por su valor posicional, o sea, por la posición que ocupa en el sistema, pero se da cuenta de que en los lenguajes naturales, las unidades culturales rara vez son entidades formalmente unívocas, y muchas veces son lo que la lógica de los lenguajes naturales llama *fuzzy concepts* o conjuntos borrosos (Lakoff, 1972). Por lo tanto, la organización del campo semántico tiene que tener en cuenta el carácter equívoco de los sememas abiertos a varias lecturas.

---

<sup>1</sup> Él mismo habla de este libro como de un “palimpsesto del tratado”, es decir, que *El Tratado de semiótica general* procede de una serie de trabajos que fueron sucesivamente elaborados y traducidos muchas veces del italiano al inglés y viceversa. Cuando leyó la versión inglesa se dio cuenta de que no era satisfactoria y volvió a escribir el libro en 1973. Lo transformó en un trabajo diferente, más orgánico, que fue titulado *A Theory of Semiotic*, publicado en 1976 en los EE.UU. La versión italiana, aunque publicada en 1975, es una traducción del inglés. *A Theory of Semiotic* es una exposición sistemática de la investigación sobre los signos y su producción, pero las líneas generales habían sido ya presentadas en *La estructura ausente* (partes A y E) y habían sido posteriormente elaboradas en *La forma del contenido* de 1971 (Giampaolo Proni, 2002).

De este modo, la organización del sistema semántico no es una estructura cristalina y geométrica, sino que adquiere el carácter contradictorio interno al Sistema Semántico Global (Eco, 1975: 134).

Sin embargo, el problema clave es ¿cómo definir el significado de un significante? Ya había definido en *La estructura ausente* el significado como una unidad semántica colocada en un espacio preciso dentro de un sistema semántico. Pero, ¿qué es lo que hace que consideremos el semema ‘perro’ opuesto a ‘gato’ y no a ‘canguro’, por ejemplo? Se trata de la misma cuestión que se había planteado Jakobson (Jakobson y Halle, 1956), cuando se preguntaba por qué había que considerar un fonema opuesto a otro. En aquel momento la definición de fonema entraba en crisis definitivamente para transformarse en la de fonema como haz de rasgos distintivos. Entonces, el sistema de las posiciones y de las oposiciones se refiere a los rasgos distintivos y no al fonema, que es el resultado de su presencia o de su ausencia. Por lo tanto, el mismo retículo interno de rasgos elementales debe regular la diferencia entre sememas (Eco, 1975: 136). Así pues, al igual que el fonema, el semema está compuesto por marcas semánticas. Estas marcas pueden ser denotativas, cuando se identifican con la unidad cultural de primer grado y se trata del sentido más común y generalizado del término. Y, pueden ser marcas connotativas. Estas últimas son secundarias y se establecen a través de la mediación de una marca denotativa previa.

Entre todas las teorías semánticas del análisis componencial<sup>2</sup>, la teoría semántica que Eco analiza con más detenimiento es la de Katz y Fodor (*The Structure of Language*, 1964)<sup>3</sup>. Su conocido diagrama del lexema /bachelor/ viene redenominado como “árbol KF”. Este es un modelo intensional que analiza el sentido como una elección binaria que el destinatario realiza entre las diferentes ramificaciones componenciales de los lexemas.

Eco realiza una crítica exauriente del modelo KF en *El tratado de semiótica general*:

- (i) el modelo KF tiene los límites del diccionario; (ii) las marcas semánticas son entidades platónicas; (iii) no se tienen en cuenta las connotaciones; (iv) no se prevén

<sup>2</sup> Ya en *La estructura ausente* había presentado algunos ejemplos de análisis componencial pasando revista a los trabajos de otros autores. Desfilan por sus páginas las aportaciones de Trier con «la construcción de campos semánticos estructurados en los que el valor de un concepto se debe a los límites que le imponen los conceptos próximos». Hjemslev (1943), quien entrevéía «la posibilidad de explicar y de describir un número ilimitado de signos, desde el punto de vista del contenido, valiéndose de un número limitado de figuras». Chomsky (1965), para quien estos componentes semánticos son las “reglas de subcategorización” que permiten la concatenación gramatical de una frase. Pottier (1965), para el que los componentes semánticos son más bien contracciones de definiciones intensionales con un carácter ampliamente descriptivo y Greimas (1966), quien descubre unidades de definición más elementales que las de Pottier estableciendo núcleos conceptuales que tienen que ver con las propiedades del objeto.

<sup>3</sup> Reproducimos el modelo KF. El modelo KF en forma de árbol prevé: *syntactic markers* (indicadores sintácticos) que incluyen categorías como Animado, Numerable; los *semantic markers* (indicadores semánticos) identificables con lo que otros autores llaman *semas*; las *selecciones restrictivas*, entendidas como sentido de lectura, según los contextos; las *projection rules* (reglas de proyección) permiten combinar el lexema en el contexto; por último, los *distinguishers* son los sentidos diferentes que puede tener un sema (Katz y Fodor, 1964) en (Eco, 1975: 156-157).

los contextos; (v) los *distinguishers* muestran impureza extensional; (vi) el modelo describe sólo expresiones verbales y términos categoremáticos. (Eco, 1975: 159)

Demostrada la inutilidad del modelo KF formula el Modelo Semántico Reformulado (MSR) que

pretende insertar en la representación semántica todas las connotaciones codificadas que dependen de las denotaciones correspondientes, junto con las selecciones contextuales y circunstanciales<sup>4</sup>. Dichas selecciones distinguen los recorridos de lectura del semema como enciclopedia. (Eco, 1975: 169)

Pero, ¿cómo se organiza el semema como enciclopedia? Eco pone el ejemplo de ‘ballena’. Para un zoólogo, ‘ballena’ es un semema organizado jerárquicamente y unívocamente de modo que las propiedades secundarias dependan de las más generales y caracterizadoras. Para un autor de bestiarios medievales ‘ballena’ habría tenido un espectro organizado de forma análoga, solo que tendría las propiedades de pez y no de mamífero y, entre las propiedades secundarias se habían colocado una serie de alegorías como representar al Leviatán, al Diablo o al pecado. Para el hombre común de hoy ‘ballena’ es un semema algo inconexo en el que coexisten las propiedades de ser pez y mamífero y el espectro semántico aparece como una red de superposiciones desordenadas entre sentidos contradictorios (Eco, 1975: 179-180).

Una representación semántica en forma enclopédica tiene que explicar todas esas diferencias cognitivas y recoger a un tiempo las significaciones científicas y las imprecisas significaciones populares. Así, en un contexto “antiguo”, *ballena* denota pez y connota las alegorías que hemos visto anteriormente. En un contexto contemporáneo, tendremos dos tipos de selecciones contextuales: una de tipo científico a la que corresponde una jerarquía de propiedades denotadas y, otra de tipo popular a la que corresponde una serie no organizada de connotaciones dispersas. Un espectro componencial de este tipo es un espectro sincrodiacrónico que no solo permite individuar la ambigüedad de los textos según la época en la que se hayan producido, sino que permite, por ejemplo, a un autor literario como Melville, jugar con la ambigüedad del término *ballena* superponiendo los diferentes sentidos de lectura (Eco, 1975: 181-182).

Llegado a este punto, plantea su propia estructuración del espacio semántico: el Modelo Semántico Reformulado (MSR)<sup>5</sup> en el que todo está reducido a una red de unidades culturales e inevitablemente cualquier unidad semántica establecida para analizar un semema es, a su vez, un semema que hay que analizar. Viene en su auxilio el modelo propuesto por M. Ross Quillian (Quillian, 1968), ya analizado en *La estructura ausente*, que proponía un modelo de memoria humana realizable mecánicamente. Este modelo redenominado “Modelo Q” por Umberto Eco, se basa

<sup>4</sup> «Hay que tener en cuenta que para ser operativas las selecciones contextuales y circunstanciales no representan todo el conocimiento sino los contextos y circunstancias reconocidos cultural y convencionalmente como más probables» (Eco, 1975: 176).

<sup>5</sup> El modelo MSR debe «entenderse como un artificio hipotético y transitorio establecido con el fin de explicar determinados mensajes, una hipótesis de trabajo elaborada para controlar el ambiente semántico inmediato de una unidad de contenido determinada» (Eco, 1975: 200).

en una masa de nudos (*nodes*) interconexos conectados entre sí por diferentes tipos de vínculos asociativos<sup>6</sup>. Pero el Modelo Q, nota Eco, es realmente un modelo de la *creatividad lingüística* y abarca las discusiones de Wittgenstein sobre el significado. Cuando Wittgenstein, cita la existencia de “semejanzas de familia” (*Familienähnlichkeiten*) ofrece el ejemplo del /juego/ y la idea del juego se refiere a una familia de actividades muy diversas entre las cuales hay «cualquier cosa que recorre todo el hilo» (Wittgenstein, 1953: I, 67). Además, como hiciera en 1968, observa las semejanzas entre el modelo propuesto y el concepto de semiosis ilimitada de Peirce y afirma que el Modelo Q «se basa en un proceso de semiosis ilimitada» (Eco, 1968: 117). La afirmación es importante, aunque en 1975 el Estructuralismo tenía un peso decisivo en su teoría semiótica.

En su libro *Semiótica y filosofía del lenguaje* de 1984, se pone de manifiesto la influencia de Peirce, cuyas teorías llegan a Italia de forma contundente en los años 80. Inicialmente alejado de los planteamientos estructuralistas, se adentra en el ámbito histórico de la filosofía del lenguaje a la búsqueda de las raíces arqueológicas del significado. Toda la argumentación que discurre por las páginas de este libro, opone una representación del significado como un diccionario de primitivos universales estructurados a una representación del significado como enciclopedia.

El punto de partida es una crítica al modelo de Hjelmslev (Hjelmslev, 1943), quien traduce el significado en valor posicional y entrevé «la posibilidad de explicar y de describir un número ilimitado de signos, desde el punto de vista del contenido, valiéndose de un número limitado de figuras» (Eco, 1968: 107). El diccionario hjelmsleviano, nota Eco, no resuelve dos problemas importantes: deja abierto el problema de la interpretación ulterior de las figuras del contenido, o sea, una *oveja* se define como ‘ovino hembra’ pero no se define qué es *ovino* ni qué es una *hembra*. Y en segundo lugar, aspira a restringir los inventarios de las figuras pero no establece como puede lograrse ese objetivo (Eco, 1984: 101).

Eco se ocupa de la segunda cuestión, cómo determinar los primitivos y cómo determinar su número, y para esto construye un árbol que de alguna manera reproduzca la forma en que los naturalistas clasifican los animales. Este árbol nos presenta un universo muy reducido<sup>7</sup>. Pero, el aspecto verdaderamente interesante de este experimento es descubrir que los zoólogos saben perfectamente que los nombres de los géneros no son meras construcciones teóricas inanalizables, sino que son interpretables. De este modo, /mamífero/ es interpretable como ‘un animal vivíparo que alimenta sus crías mediante leche secretada por glándulas mamarias’.

6

Este modelo prevé la definición de cualquier signo gracias a la interconexión con el universo de todos los demás signos en función de interpretantes, cada uno de los cuales está listo para convertirse en el signo interpretado por todos los demás: el modelo en su complejidad se basa en un proceso de semiosis ilimitada. Desde un signo establecido como *type* es posible volver a recorrer, desde el centro hasta la periferia más extrema, todo el universo de las unidades culturales, cada una de las cuales puede convertirse, a su vez, en centro y generar periferias infinitas. (Eco, 1975: 194)

7 “Pero sucede que para construir un diccionario *fuerte* siempre debemos concebir un universo bastante pobre y reducido, un universo de cámara, por llamarlo así. El problema es que normalmente los constructores de diccionarios ideales se quedan encerrados en su universo de cámara» (Eco, 1984: 107).

Lo curioso es que también los usuarios de una lengua natural se comportan de este modo.

El problema que plantea este árbol es que para interpretar los nudos del árbol tenemos que introducir un nuevo elemento: la *diferencia específica*. Así la diferencia específica que distingue a un ‘felis’ que fuese gato de un ‘felis’ que fuese tigre sería ‘catus’ y así nos encontramos con el más antiguo y venerable árbol de definición que registra la historia: el árbol de Porfirio. Este introduce la diferencia específica, pero apenas se introduce esta, el árbol deja de ser un ejemplo de diccionario y se transforma fatalmente en una enciclopedia.

Pero para llegar a definir la reciprocidad absoluta entre *definiens* y *definendum*<sup>8</sup>, es necesario dar con un método que excluya la posibilidad de equívocos. Así, aparecen unos elementos que la tradición posterior llamará *predicables*, es decir, los modos en que las categorías pueden ser *predicadas* de un sujeto<sup>9</sup>.

Porfirio retoma estos problemas en la *Isagoge* (siglo III) y su interpretación, a través del comentario de Boecio, se transforma en el núcleo de todos los comentarios medievales sobre el problema de las categorías y la definición. En el árbol de Porfirio un hombre se distingue de un caballo porque, aunque ambos sean animales, el primero es racional y el segundo no. La racionalidad es así la *diferencia del hombre*. El árbol de Porfirio es un árbol de *solo diferencias*<sup>10</sup> y como consecuencia, el árbol puede ser reorganizado constantemente conforme a diversas perspectivas jerárquicas que lo constituyen.

De este modo, los géneros y las especies aristotélicas y porfirianas son fantasmas verbales que encubren la verdadera naturaleza del árbol y del universo que este representa: *un universo de puras diferencias*<sup>11</sup>. Este árbol de solo

<sup>8</sup> Para Aristóteles:

hay definición cuando, para caracterizar la esencia de algo, se escogen atributos que, pese a que aisladamente tengan una extensión más grande que el sujeto, al final acaban teniendo la misma extensión que ese sujeto. En otras palabras, debe haber *reciprocidad absoluta* entre *definiens* y *definendum* para que resulten sustituibles en todo contexto. (Eco, 1984: 105-106)

Así, se define *hombre* como ‘animal racional’, de tal manera, que el *definiens* sea coextensivo al *definendum* y viceversa, es decir, que no haya ningún animal racional que no sea hombre, y ningún hombre que no sea animal racional. Para la teoría de Aristóteles: (Aristóteles, *An. Sec.*: II 96a 35).

<sup>9</sup> En los *Tópicos* (Aristóteles, *Tópicos*: I, 101b 17-24) determina sólo cuatro *predicables*: género, propio, definición y accidente. Porfirio determinará cinco: género, especie, diferencia, propio y accidente.

<sup>10</sup> El defecto del árbol de Porfirio reside en que no podemos distinguir con un mismo árbol y al mismo tiempo entre ‘dios’/‘hombre’ y ‘caballo’/‘hombre’. Por ejemplo, si ciframos la distinción entre ‘dios’ y ‘hombre’ tomando como base la diferencia ‘mortal’/‘inmortal’, cuando tengamos que establecer la distinción entre ‘caballo’ y ‘hombre’ en un nudo inferior tendremos la necesidad de acudir de nuevo a la diferencia ‘mortal’/‘inmortal’. Para solucionar el problema, el único recurso consiste en introducir *dos veces* la diferencia ‘mortal’/‘inmortal’: una debajo de ‘animal racional’ y otra debajo de ‘animal irracional’. Abelardo sugiere que determinada diferencia puede aplicarse de más de una especie y como consecuencia las propiedades registradas aparecen bajo diversos nudos y de hecho son solo diferencias. El árbol no se rige por relaciones entre hipónimos e hiperónimos sino que se ha trasformado en un árbol de *solo diferencias* (Eco, 1984: 119-124).

<sup>11</sup> Surge así una última conclusión que los medievales no podían aceptar y que solo se sacará en épocas más recientes: «La verdadera diferencia no es ni tal ni cual accidente sino el modo en que los agrupamos al organizar el árbol. En otras palabras: la *verdadera* diferencia no es el accidente en sí (ya sea ‘racional’ o ‘mortal’) sino la oposición en que uno de esos accidentes se sitúa respecto a su

diferencias plantea un ulterior problema: las diferencias son accidentes y los accidentes son infinitos, o al menos indefinidos en número, «con lo que el árbol deja de ser un diccionario para transformarse en una enciclopedia, toda vez, que está compuesto por elementos de conocimiento del mundo» (Eco, 1984: 125). Además, «dado que las diferencias pueden ser reorganizadas continuamente *según la descripción conforme a la cual* se considera determinado sujeto. El árbol es una estructura *sensible a los contextos*, no un diccionario absoluto» (Eco, 1984: 126).

Si las semánticas en forma de diccionario son inconsistentes, solo queda abordar las semánticas en forma de enciclopedia. Pero antes tiene que resolver el problema sobre la naturaleza de las figuras del contenido que Hjelmslev dejó sin resolver. A este respecto, la indicación más prometedora procede de Peirce. Para establecer el significado de un signo, es preciso traducirlo mediante un Interpretante, porque «el Interpretante se llama normalmente *significado* de un signo»<sup>12</sup> (Peirce, 1906 *C P*: 5. 175).

En el proceso de *semiosis ilimitada* que describe y funda Peirce, no se puede establecer el significado de una expresión –es decir, interpretar esa expresión– sin *traducirla* a otros signos (pertenezcan o no al sistema semiótico) y de manera tal que el interpretante no sólo explique al interpretado en algún aspecto, sino que también permita conocer algo más acerca del interpretado. (Eco, 1984: 131)

Esta noción es fecunda porque muestra de qué manera los procesos semióticos –por vía de continuos desplazamientos que refieren un signo a otros signos o a otras cadenas de signos– circunscriben asintóticamente los significados (o las *unidades* de una cultura), sin llegar nunca a *tocarlos* directamente, pero volviéndolos de hecho accesibles mediante otras *unidades culturales*. La continua circularidad es la condición normal de los sistemas de significación y se lleva a la práctica en los procesos de comunicación.

Por otra parte, a diferencia de las propiedades universales determinadas de modo metalingüístico, los interpretantes [...] son datos *objetivos*, y en un doble sentido: no dependen necesariamente de las representaciones mentales (inalcanzables) de los sujetos, y son verificables de forma colectiva. (Eco, 1984: 132)

En efecto, una relación de interpretación está *registrada* intersubjetivamente en algún texto de esa inmensa biblioteca ideal cuyo modelo es la enciclopedia de la cultura.

Análogamente, un intérprete para interpretar un texto no necesita conocer la enciclopedia completa sino solo el *fragmento* de enciclopedia necesario para la

contrario, según la forma en que se organice el árbol» (Eco, 1984: 129). Notamos cómo el concepto actual de diferencia procede de la crisis del antiguo (*Cfr.* Bateson 1972; Deleuze 1968, 1969).

<sup>12</sup> Un signo, o *representamen*, es algo que para alguien está en lugar de algo desde el punto de vista de algún aspecto o capacidad. Se dirige a alguien, es decir, crea en la mente de esa persona un signo equivalente, o quizás un signo más desarrollado. Ese signo que crea es, para mí, el *interpretante* de primer signo. (Peirce, 1897 *C.P*: 2.228)

compresión de dicho texto. «Así pues, la enciclopedia es una *hipótesis regulativa*» (Eco, 1984: 134) que no adopta en modo alguno la forma de árbol sino el *rizoma* (Deleuze y Guattari, 1976) en el cual todo punto puede ser conectado, y debe serlo, con cualquier otro punto, y de hecho en el rizoma no hay puntos o posiciones sino solo líneas de conexión. Asimismo, todo rizoma puede recortarse para obtener una serie indefinida de árboles parciales dado que el rizoma carece de centro. De este modo, concluye, la idea de una enciclopedia en forma de rizoma se deriva directamente de la inconsistencia del árbol de Porfirio.

Las teorías semánticas que Eco define como «teorías de segunda generación» (Fillmore, Greimas, Pétroff) reconocen la necesidad de representar el contenido de las expresiones como representaciones enciclopédicas. De hecho, el contenido se representa en forma de instrucciones con miras a su inserción contextual y el semema, o la representación del contenido, se presenta como un texto virtual. Asimismo, todo texto no es más que la expansión de las virtualidades de uno o más sememas. Greimas había hablado de “programas narrativos”: «*El pescador* contiene sin duda, todas las posibilidades de su propio *hacer*, todos los comportamientos que cabe esperar en él» (Greimas, 1973: 174).

Asimismo a esta clase pertenecen las representaciones que se utilizan en los programas de Inteligencia artificial, basadas en instrucciones que han de proporcionarse a un ordenador, *frames* o *scripts* (Schank, 1975; Schank y Abelson, 1977), dado que registran todas las formas de conocimiento que permiten derivar inferencias contextuales. Estas representaciones remiten a la estructura misma de la competencia lingüística.

Por último, considera las ventajas de una semántica de este tipo. Una semántica instruccional, basada en mecanismos inferenciales permite representar el significado de los términos sencatagoremáticos de modo que «el contenido de una expresión sencatagoremática coincide con el tipo de operaciones de cooperación contextual que se supone que el destinatario debe ejecutar con objeto de que la expresión pueda funcionar en determinado contexto» (Eco, 1984: 150). Además una semántica de este tipo puede ampliarse hasta incluir la representación enciclopédica de fenómenos como las presuposiciones (Eco, 1975: 172-176), porque solo de esta manera puede explicarse la fuerza persuasiva que aporta al uso de la presuposición. Sin duda, la licitud o felicidad de una expresión es una cuestión pragmática, pero las condiciones de licitud se apoyan sobre bases semánticas (Eco, 1984: 153-154).

En cuanto a los nombres propios, si se trata de un nombre propio estricto, por ejemplo /Juan/, el destinatario puede establecer el contenido de dos maneras: referirlo a un ente de su universo de conocimiento de cosas o pedirle una definición. Así pues, Juan es el sobrino de María y es el tendero de la esquina. Si se trata, sin embargo, de un personaje histórico, por ejemplo /Aristóteles/, de estos existen descripciones enciclopédicas, que funcionan como interpretantes. De este modo, podemos entender la *designación rígida* de Putnam (Putnam, 1975), como «la posibilidad de traducir la cadena ininterrumpida de las designaciones en una cadena histórica de descripciones en términos de contenido» (Eco, 1984: 163).

En conclusión, una vez demostrado que el diccionario no es una condición estable de los universos semánticos, nada impide que se lo considere un artificio

útil, siempre y cuando no se olvide su carácter de artificio, como muy bien había notado D'Alembert<sup>13</sup>.

Por último en *Kant y el ornitorrinco* (1997), realiza un trabajo de síntesis en el que hace coexistir la perspectiva estructural de Hjelmslev y la perspectiva interpretativa de Peirce, dado que los componentes “mínimos” de Hjelmslev necesitan ser interpretados ulteriormente y por lo tanto, la rígida organización estructural se disuelve en el retículo de las propiedades enciclopédicas dispuestas a lo largo del hilo potencialmente infinito de la semiosis ilimitada. El resultado es que ambas formas deben coexistir en el plano teórico (Eco, 1997: 290).

En la adquisición del conocimiento, el consenso perceptivo nace siempre de un consenso cultural previo, por vago e ingenuo que sea. Esto confirma que en el proceso de la adquisición del conocimiento, el momento estructural y el momento interpretativo se alternan y se completan el uno al otro y este es el testimonio de una oscilación y del carácter complementario constante de nuestras dos maneras de comprender el mundo.

Concluye que el significado es contractual, lo cual no quiere decir disolver la semántica en la sintaxis y en la pragmática. Decir que el significado es contractual no quiere decir que el contrato nace de la nada. De hecho, desde el punto de vista jurídico, son posibles los contratos porque preexisten reglas contractuales. Reconoce que la semiótica textual es capaz de dar cuenta de que se pueden reconocer sistemas de convenciones en el nivel gramatical y admitir al mismo tiempo que en el nivel textual ocurren contrataciones. Es el texto el que contrasta las reglas. Podemos contratar y negociar solo porque existe ya un sistema semiótico (intertextual) predefinido, en el que las diferentes expresiones tienen un contenido (Eco, 1997: 311-322).

## Referencias bibliográficas

- BATESON, G. (1972): «Form, Substance and Difference» en *Steps to an Ecology of Mind*, Nueva York, Chandler.
- CHOMSKY, N. (1965): *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge, M.I.T.
- DELEUZE, G. (1968): *Diferénce et répétition*, París, P.U.F.
- DELEUZE, G. (1969): *Logique du sens*, París, Minuit.
- DELEUZE G. y GUATTARI, F. (1980[1976]): *Rizoma*, Madrid, Pre-textos.
- ECO, U. ([1968] 1969): *La estructura ausente*, traducción española por F. Serra Cantarell, Barcelona, Lumen.
- ECO, U. (1971): *Le forme del contenuto*, Milán, Bompiani.
- ECO, U. (1976[1973]): *Signo*, Barcelona, Labor.
- ECO, U. (1977[1975]): *Tratado de semiótica general*, traducción española por C. Manzano, Barcelona, Lumen.
- ECO, U. (1990[1984]): *Semiótica y filosofía del lenguaje*, traducción española por R. Pochtar, Barcelona, Lumen.
- ECO, U. (1999[1997]): *Kant y el ornitorrinco*, traducción española por H. Lozano Miralles, Barcelona, Lumen.

---

<sup>13</sup> En su discurso de introducción a la *Encyclopédie*, D'Alembert señalaba que en el laberinto del sistema general de las ciencias, toda estructura con forma de árbol es el modo provisional en que se ordenan y seleccionan los puntos de un ‘mapa’ que admite otros tipos de relaciones. (Eco 1984: 135).

- ECO, U. (1973): «Les actans, les acteurs et les figures» en C. Chabrol (ed.), *Sémiotique narrative et textuelle*, París, Larousse.
- GREIMAS, A. J. (1970[1966]): *La semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- HJELMSLEV, L. (1961[1943]): *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- JAKOBSON, R. & HALLE, M. (1967[1956]): *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Ciencia Nueva.
- KATZ J. J. & FODOR J. A. (1964): *The Structure of Language*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- LAKOFF, G. (1972), Hedges: *A Study in Meaning Criteria and the Logic of Fuzzy Concepts* (ciclostilado).
- PEIRCE, C. S. (1931-1935): *Collected Papers*, Cambridge, Harvard University Press.
- POTTIER, B. (1965): «La définition sémantique dans les dictionnaires», *Travaux de Linguistique et de Littérature* III, 1.
- PRONI, G. (2002): *El intelectual global. Una biografía intelectual de Umberto Eco: desde su licenciatura hasta «Il nome della rosa» (1954-1980)*, [www.um.es/tonosdigital/znum3/perfiles/PerfilEco.htm](http://www.um.es/tonosdigital/znum3/perfiles/PerfilEco.htm) [Consulta: 5/04/2002].
- PUTNAM (1975): *Mind, Language and Reality*, 2, Londres-Cambridge, Cambridge University Press.
- SCHANK (1975): *Conceptual Information Processing*, Nueva York, Amsterdam-American Elserier.
- SCHANK y ABELSON (1977): *Scripts, Plans and Understanding: an Inquiry into Human Knowledge structures*, Erlbaum, Hillsdale. (N. J.)
- WITTGENSTEIN, L.: *Philosophische Untersuchungen*, Oxford, Blackwell.